

METAFÍSICA
DE LAS COSTUMBRES

Enrique Ángel



Un locutor es asesinado mientras cuenta una historia de terror; el poste de luz se apaga justo cuando pasas debajo de él; Epifanio se siente una caca de perro secándose al sol; Kripke no puede salir de casa, le parece muy peligroso; un hombre es el encargado de traer café y galletas en un edificio de oficinas hasta que llega una changuita entrenada y lo reemplaza; un gatito se acurruca en el pecho de una mujer que espera un amante; Pedro elige el azul marino porque era el único color en rebaja que cubría las manchas de sangre.

Enrique Ángel González Cuevas narra dieciocho historias que viajan desde la ternura, el temor y el hastío hasta la sorpresa y la risa íntima entre lo que podemos pensar y decir. Estos cuentos nutren la sólida tradición literaria de la brevedad y lo fantástico.

Historias de la noche

Las historias de la noche nos salen al paso. Esperan pacientes a que lass olvidemos y entonces irrumpen en nuestra existencia. Ya que de pronto y sin ninguna explicación... hay un hombre enfrente de mí...

En ese momento se oyó la detonación falsa y distante gracias a las bocinas de las cuales salía.

—¿Cómo la ves? ¿A poco no se te pone chinita la carne? —Ramón chupó con ansia el cigarro—. Después de esto, cuarenta minutos de puro silencio. ¡Cuarenta! ¿Puedes creer que a nadie le cayó el veinte hasta que llegaron los del otro turno? Sólo un montón de quejas de los radioescuchas que pensaban que había una falla en la transmisión. Es extraño, me cae. Oye, ¿quieres oírla otra vez?

Yo negué con la cabeza. Era suficiente con haber escuchado la grabación tres veces seguidas. Tomé un cigarro y me pregunté si diría algo al respecto durante el programa, pero no quería pensar en eso. Aún teníamos algunos minutos antes de comenzar.

Ramón no pudo estar mucho tiempo callado:

—Yo creo que cuando Juan volteó el operador de la cabina ya estaba muerto. Quién sabe por qué no se dio cuenta antes. ¿Te imaginas? En estos turnos de la noche cualquier cuate entra a la estación y te quiebra. Pobre Juan. Al operador no lo conocía, era nuevo, pero me cae que a Juan sí lo apreciaba. Estaba bien loco el bato.

—Pues se murió como hubiera querido, esto sí es todo un misterio.

—¿Verdad que sí? Es lo que yo digo. Buen final para su programa de historias de terror. Aunque aun así me da lástima, era bien padre venir a trabajar con él. Siempre se ponía a soltar su rollo mientras observaba por la ventana, como si realmente le hablara a la ciudad.

—Pero lo fuerte es que lo hayan matado así, a medio programa, y sin que ningún radioescucha se diera cuenta.

—La culpa la tuvo Juan, siempre andaba contando cosas de ese tipo.

—La culpa la tienen Hitchcock y Wells.

—¿Quiénes?

—Unos cuates que por estar espantando gente ya nadie se la cree si te matan al aire.

—Pues yo no conozco a los batos esos, pero tengo una teoría. Juan contó una historia parecida la otra noche, una de un asesinato durante la transmisión de una radionovela en vivo. ¡Igualito a como a él lo mataron! Por eso creo que fue un loco que escuchaba el programa. Lo mató un fan como a Selena y John Lennon.

Estaba a punto de decir algo cuando Ramón me detuvo; los del otro turno dejaban la cabina y nos tocaba a nosotros transmitir.

Al entrar me sorprendió lo idéntico que se veía todo. Despacio ocupé mi lugar, como esperando que, en el preciso momento de sentarme en él, algo sorprendente pasara. Pero no. En seguida me acerqué con desconfianza al equipo que tenía enfrente y, cuando me coloqué los audífonos, preguntándome si serían los mismos con los que murió Juan, de ellos surgió la voz:

—¿Pelos?

Yo volteé a mentarle la madre a Ramón.

—¡Aguas!, no te vayan a matar.

—A ti te matan primero, cabrón.

Comencé la transmisión mirando hacia la ventana, buscando aquello que veía Juan sin saber realmente qué era. Entonces aparecieron en el cielo siete platillos luminosos

que descendían por el norte de la ciudad. Consternado, me volví para llamar a Ramón, pero éste se hacía el muerto sobre la consola para molestarme. No sabía qué hacer y sólo atiné a acercarme al micrófono para decir:

—Buenas noches a todos, comenzamos con una canción ya clásica en este programa.

Después de todo, ¿quién chingados me iba a creer?

La señal

El poste de luz se apaga justo cuando pasas debajo de él. Entonces se te ocurre que puede ser una señal, quizá una mala, y te preguntas si eres supersticioso o si tendrá algo que ver con que la lumbre de tu cigarro se haya caído varias veces y tu agujeta izquierda se niegue a permanecer amarrada. Pero no te detienes, como si no te hubieras dado cuenta de nada y aquello fuera tan normal, aun cuando nunca habías pensado que los postes pudieran fundirse. Es que estas calles a esta hora te ponen nervioso. Siempre sales de la zona industrial de día y en tu carro. Hoy se lo prestaste a tu carnalito para que se diera unas vueltas con su novia. No tiene por qué pasarte nada por un día que no lleves coche. Con más razón si se suponía que ibas a salir a buena hora. Pero tuviste chamba extra y luego la pinche lluvia te retuvo más horas y terminó de vaciar todas estas calles. Ahora el frío te entume y te sientes torpe por culpa de los charcos y la oscuridad.

Una cuadra después del poste, una sombra toma volumen frente a ti. Es un cerro de basura que extiende la mano pidiéndote una moneda. Tú la observas bajo la luz de otro poste, protegido por la sensación de que la sombra no puede entrar en ella y otra vez sigues tu camino. Pero la sombra te toma del brazo. Su contacto te pone nervioso y antes de darte cuenta la empujas con fuerza. La sombra se desploma con un grito por el que descubres que se trata de una anciana. Quieres ayudarla a levantarse cuando notas que su grito conjura varias sombras que salen de la noche y

pueblan la calle. Te amenazan a gritos mientras se te acercan. El miedo te vence y corres. Los escuchas salir tras de ti. Gracias a dios no tienes ninguna sombra al frente. Será difícil pero sólo debes conservar tu ventaja durante tres cuadras, hasta llegar a la gran avenida, justo a la esquina que siempre está llena de gente esperando que pase el camión.

A los pocos metros te odias por fumar y tornas el paso inseguro porque ya casi has caído dos veces debido a esa pinche agujeta.

Cerca de la primera esquina, una de las sombras chifla y se desprenden dos más desde las calles laterales. Te preparas para el impacto porque tu única oportunidad es derribarlas y seguir corriendo, igual que un jugador de americano. La primera no representa gran problema. Cuando la golpeas con todo tu peso, notas cómo algo cae de su mano y brillando rebota en el suelo. Con un movimiento limpio e involuntario, producto del mero instinto, te agachas a recogerlo sin detenerte y, ya en tu mano, acabas de reconocer el filo. Lo blandes con un gesto exagerado cuando la segunda sombra te interrumpe el paso y logras que se quite.

Corres como no lo has hecho en muchos años. Si pudieras verte estarías orgulloso de cómo te has rifado ya dos calles, aunque la verdad es que sientes que en cualquier momento tus rodillas se van a doblar, que la agujeta o un hoyo escondido en un charco te van a mandar de hocico al suelo, y que tus pulmones ya no dan para más.

No volteas, pero el sonido de los pasos te indica que están ahí atrasito de tu espalda, que nadie se ha detenido. Sin embargo, por fin estás cerca.

Gritas y levantas los brazos para que las personas en la parada de la esquina volteen a verte. Una última sombra, salida de no sabes dónde, se te pone enfrente y trata de interceptarte varios metros antes de la avenida. Sin pensarlo, la recibes con el filo y la ensartas antes de que pueda tocar-

te. Es una sombra muy chica. La derribas con facilidad. Entonces escuchas valías voces que desde la parada llaman a un policía. El uniformado debe estar a unos pasos, pues no tarda en parecer. Las personas que lo llaman te miran de una forma que no comprendes. A tus pies hay un niño de la calle apuñalado. Apenas te das cuenta, el policía te some-te. Tú quieres explicarle y señalas la calle a tus espaldas. El resto de las sombras se han reintegrado a la noche. Y tú, en tu cabeza, le mientas la madre a tu hermano y a su novia.

Epifanio

Epifanio se siente una caca de perro secándose al sol. Un sol ojete, gandalla, como sólo puede serlo en una tarde de verano que roza los doscientos cincuenta imecas y oculta los edificios tras una cortina de esmog que se confunde con el cielo.

Epifanio aguanta en una esquina pelona desde la cual siente el aliento de los escapes y la fiebre de los motores atrapados en la avenida. Se pendejea por no haber traído siquiera una gorra. Su cabeza se pone pesada. El rostro y los brazos le arden. Acaricia la interfaz de su cuello deseoso de escapar al ciberespacio. El deber lo detiene y se cuestiona por qué chingados decidió agarrar esa chamba en lugar de la beca que le ofrecieron en Suiza.

Se pierde en la fantasía de un paisaje lleno de lagos, montañas y bosques otoñales, hasta que se topa con la obesa imagen del Moronglás que pasa haciendo su tercera ronda. De inmediato, Epifanio compone su postura. No va a dejar que el gordo lo humille con su pasito alegre y su agua de horchata que acaba de comprar en La Michoacana de la otra esquina. Ya llegará su venganza cuando ponga al gordo a navegar dentro de algún sistema de seguridad que lo arrincone y le baje lo salsa. El Moronglás enciende un cigarro y continúa tan campante. El calor no le afecta. Después de varios años atrapado en un puesto de lámina, con el sol afuera y tres parrillas adentro, mientras preparaba tortas sin descanso, esta tarde ni siquiera lo hace sudar.

Epifanio piensa que, de haber sabido, los hubiera mandado a todos a la chingada, como su padre le dijo que hiciera. Cree que a los hackeosos deberían tenerlos dentro de las oficinas, con los cuidados que corresponde al sector de inteligencia, en lugar de mandarlos a entrenarse con los de a pie, en lugar de que aprendan el oficio a la antigua. Lo peor es tener que enseñarles a esos pelados a hackear; muchos, al reclutarse, ni siquiera tenían implantada una interfaz, algunos ni siquiera mascaban algo de inglés. Aunque eso sí, en la calle son bien cabrones, eso lo reconoce Epifanio y le purga, pues mientras lo piensa nuevamente pasa el Moronglás, ahora acompañado de una señora que ríe con cada cosa que el gordo le dice al oído.

Epifanio la observa con cuidado. El Moronglás ha estado vigilando a un sospechoso sin darle ninguna descripción a Epifanio debido a que desconfía de su discreción en el campo. Ese día le toca conocerlo. Apoyar cuando el Moronglás lo detenga. Epifanio duda, nunca se le había ocurrido que pudiera tratarse de una mujer. Palpa su pantalón como buscando su cartera para sentir la pequeña pistola eléctrica y se dispone a seguirlos. La modorra por el sol y el calor se le resbala. Su corazón se encabrona en un trote que lo angustia, pues le va costando más pasar desapercibido a cada tranco que da. Si va más lento, se le pelan; si aprieta el paso, seguro lo ven. Se impacienta por no saber qué fregados espera el Moronglás para entrar en acción. No han acordado siquiera alguna señal. El Moronglás acaricia la cadera de la señora y destantea a Epifanio, quien piensa que el gordo no tiene madre. ¿Ahora? No. A Epifanio le jode la incertidumbre. Ya han resuelto siete casos juntos, no es ningún récord, pero demuestra que pueden trabajar. Aunque nunca así. Hasta ahora siempre había sido el Moronglás en la calle y Epifanio en la red, cada uno coordinado, intercambiando información, formando una pinza.

Epifanio mira a cinco hombres que, sin acabar de caer, por detrás van rodeando al Moronglás y a la señora. Des-

confía naturalmente, por un instinto ajeno a su nueva profesión, desconfía como hasta hace más de un año cualquier persona desconfiaría al ver a cinco cuates con cara de policía. Le cae el veinte, le cae y mienta madres a todos los santos. Son policías, es decir, expolicías, o sea que son los malos. Epifanio aprovecha su posición y logra abatir a dos antes de sentir que él también está en el suelo con una herida que no duele porque está fresca y su cuerpo no se ha dado cuenta del daño. Oye las ráfagas de un par de pistolas eléctricas y varios disparos; los expolicías traen armas de fuego porque son más cabronas, porque ellos sí buscan matar.

Epifanio se conecta a su interfaz, la conciencia escapa al ciberespacio cuando el dolor comienza a anunciarse. Ya en la red, da una señal de alerta y su ubicación. Los refuerzos no deben tardar. Desea que la ambulancia tampoco. Permanece en línea por miedo a regresar a su cuerpo. Le cruza por la cabeza mandar un par de *emails* que redactó hace meses a su padre y a su novia, correos de despedida y justificación, por si un día le pasaba algo, como ahora. Entonces recuerda a su padre escapando del país como tantos otros empresarios tranzas y el «mejor para nosotros» que pensó Epifanio en esos momentos, solidarizándose con el nuevo gobierno ciudadano que entraba y sus políticas de limpieza y cero tolerancia a la corrupción. Y se olvida de los correos.

Con su número de identificación accede a la red de cámaras de la ciudad y observa desde tres diferentes puntos cómo continúa el tiroteo. El Moronglás se hace fuerte detrás de una camioneta con la señora y un tercer tipo al que tienen prisionero. La base de datos inmediatamente le permite a Epifanio identificarlos como Marta Sosa Hernández, ama de casa y agente de la Nueva Policía Ciudadana desde hace cinco meses, y Ceferino Luis Ponce, exagente de inteligencia mexicano con orden de aprehensión por sus víncu-

los con el narco, sospechoso, además, de varios atentados contra la Nueva Administración de Justicia Ciudadana.

Epifanio se conecta con el micrófono interno del Moronglás y le dice que le van a llegar por la derecha en cuatro, tres, dos... ¡ahí mero! Y que tenga cuidado con los otros. El gordo suspira al oírlo, le comenta que ya creía que lo habían quebrado. Epifanio enfoca una cámara al lugar donde se encuentra tirado su cuerpo y un vértigo de mierda lo achica. Se ve como un juguete ñango y vuelve a pensar que igual y se muere, que no mandó los *emails*, y que quizá, si tuviera más de diecinueve años, no estaría tan mal finarse cumpliendo con el deber. Se encabrita recordando que ni siquiera ha acabado una carrera ni...

El Moronglás lo saca de su ensimismamiento al decirle que los gatilleros que aún quedan en pie están escapando. Epifanio programa la red de cámaras de la ciudad para que los siga y vaya emitiendo la información de sus movimientos a la comandancia. Se dice que chinga a su madre si se pelan, pero de inmediato se arrepiente de sus palabras. La red lo expulsa. Sus signos vitales son tan débiles que su organismo ya no puede sostener la interfaz. La caída en su cuerpo resulta violenta. Su mente, para no atascarse de miedo y dolor, se consuela pensando en que el Moronglás y Marta lograron apresar a Ceferino y, aunque él valga gorro, el éxito también es suyo.

Ya son ocho casos bien resueltos en total, no es ningún récord, pero demuestra que han sabido trabajar, que los medios se equivocaron al decir que esa policía sin experiencia, versión urbana de la policía comunitaria, no iba a lograrlo. Son ya nueve meses los que llevan en eso, desde que despidieron a más de la mitad de los elementos de seguridad del país porque la corrupción era insanable y luego salió la convocatoria abierta a toda la población: Ingresar a la Nueva Policía Ciudadana: honesta e investigadora.

Cuánto se había emocionado, cómo le gustaba el lema; y, al fin, ahora, lo analiza. Honesta porque no hay mordidas

ni corrupción; investigadora porque no inventa a los culpables ni olvida los casos. La justicia ciudadana descrita por la vía negativa, diciendo solamente lo que no va a hacer. Nunca el cómo.

Epifanio piensa que igual de perdidos deben estar los de la Nueva Comisión Ciudadana de Medio Ambiente, que por más que lo intentan no pueden bajar la contaminación tan rápido como se necesita, no tan rápido como para ahorrarle a él ese pinche calor que lo ahoga y hace que confunda el sudor con su sangre.

Fui el Alex

Un perro callejero me había mordido la pierna. Lo bueno fue que mi papá y mis tíos estaban en el patio de la casa de la abuela y salieron nada más escucharon los gritos.

—¿Te duele? —me preguntó mi primo el Alex cuando los adultos nos dejaron solos en la recámara para ir a darle de palos al perro—. Te está saliendo mucha sangre.

—Sí, ya se está chorreando otra vez.

—No le tapes, mejor vamos a jugar al asesinado: embárrate todo de sangre, y la cama y las cortinas, y te tiras como si alguien te hubiera matado. Yo voy a ser el policía que investiga la escena del crimen.

El Alex me ayudó a esparcir la sangre y luego salió y entró de nuevo al cuarto.

—Cierra los ojos que estás muerto.

—Es que me mataron con los ojos abiertos.

—Los muertos no hablan, tarugo, tú ciérralos.

—No, luego me pegas o me haces algo. Al fin que dizque la mirada de los muertos perturba y se ve bien acá.

—Bueno, déjalos abiertos.

El Alex caminaba de un lado a otro del cuarto.

—Mmm... mmm... interesante. He concluido que al muerto lo mataron por chillón y orinarse en la cama.

—¡Bájale!

—Los muertos no hablan.

—Ni tampoco la gente que está sola con un muerto.

—Es para seguir el juego. ¿Por qué me agarras el pantalón?

—Porque soy un zombi.

—Los zombis tampoco hablan.

—¿Cómo no?, dicen «sesos... sesos...»

—¡Ay, la madre! ¡Un zombi!

—«Seesooooos...»

—¡Auxilio, Auxilio! ¡Un zombi maricón que se hace en los calzones! ¡Auxilio! ¡No me muerdas de a de veras, cabrón!

—¿Qué chingados les pasa?! ¿Por qué gritan así?

Todos mis tíos habían subido al cuarto. Estaban armados con palos y cuchillos y olían a borracho. Mi padre incluso traía sangre del perro que acababan de sacrificar en el jardín.

—Ya ni la muelan. Primero la tarugada de hace rato y ahora se ponen a gritar como si de veras. ¿Para eso se reúne la familia? No deberían portarse así en casa de su abuela. Ya le mancharon todo el cuarto.

—Ustedes andan haciendo más alboroto allá abajo —dijo el Alex.

—¡Chamaco baboso! ¡¿Así le hablas a tus mayores?! ¡Vas a ver cómo te callo la boca a golpes! —le contestó su papá y le cumplió su palabra.

Después de eso bajaron y yo y mi primo nos quedamos solos. Él lloraba en silencio mientras se sobaba la boca y yo me volvía a poner la venda.

—Se pasan... —le dije yo al Alex.

—¡Es pura caca! —gritó quedito pero bien enojado—. Así son todos. ¡Mensos! ¡Mensos y gandallas!

—Dizque es la familia.

—¡Es pura caca! —volvió a decir.

Tomó el lápiz labial de la abuela y escribió grande en la pared: Puta la puta familia puta.

—Son tan mentos que no van a saber quién fue —le dije.

Y dándome la razón lo firmó *fui el Alex*.